

GEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

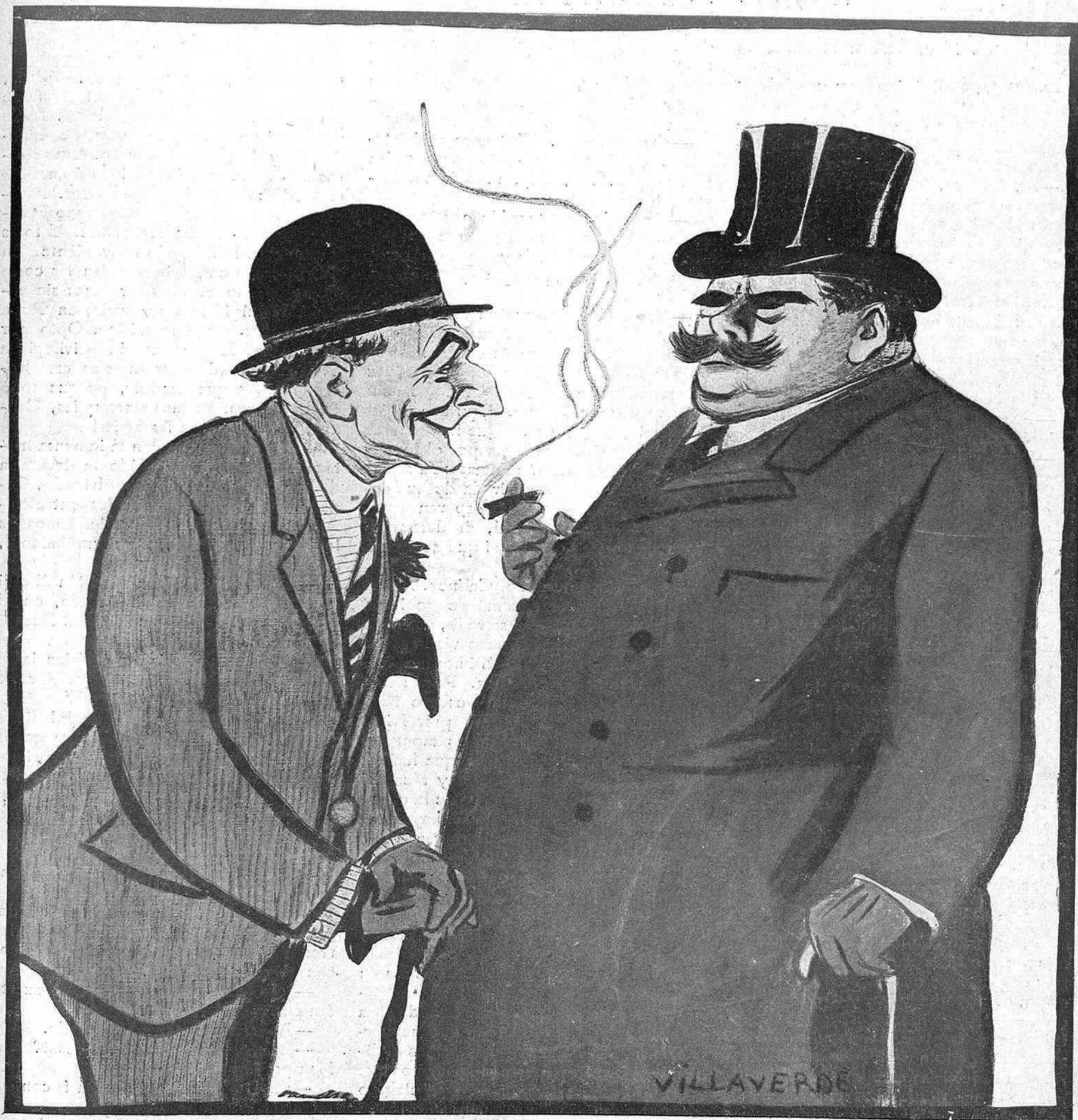
10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, JUEVES 13 DE ABRIL DE 1905

NUM. 490



¡POR FIN, CREE EN EL HAMBRE!

D. RAIMUNDO.—CARAMBA, QUERIDO GEDEON, VOY CREYENDO QUE TIENEN ALGO DE RAZON ESOS PERIÓDICOS QUE TANTO HABLAN DEL HAMBRE EN ANDALUCÍA.

GEDEÓN.—¿.....?

D. RAIMUNDO.—SÍ, PORQUE YO, AUNQUE NO ESTOY EN ANDALUCÍA, SIENTO QUE ME ESTOY CAYENDO DE DEBILIDAD.

JUEVES DE GEDEÓN



Ha sido una cosa muy triste, Gedeón! —¡Sí, Calínez, una cosa tristísima, pero de la cual nadie ha tenido la culpa!

—¡Cómo, Gedeón! ¿te atreves á decir que nadie tiene la culpa de tan espantosa catástrofe? ¿No hubo voces que la anunciaron? ¿no ocurrieron accidentes que nos previnieron la terrible desgracia?

—Sí, Calínez, todo eso es verdad; el terreno era muy malo, y por eso costó millones; los hundimientos se sucedían en él, obligando á invertir sumas considerables para reparar sus efectos. Los pobres obreros trabajaban con el alma en un hilo, como si presintieran el funesto acontecimiento. Se habló en las Cortes del asunto, y se nombraron comisiones que inspeccionaran las obras. Y, naturalmente, éstas se han hundido, pero sin que nadie tenga la culpa de ello.

—Pues ¡vive Dios! que no te entiendo, Gedeón.

—Pues ¡vive Dios! que yo me entiendo perfectamente, Calínez. Al decir lo que digo, soy un español que se ahorra tiempo y saliva. Harto sé que se instruirán expedientes, se abrirán procesos y demás zarandajas para dar con los causantes ó responsables de la catástrofe. Por falta de preces, especiales comisiones técnicas é informes administrativos, no ha de quedar. Los pliegos que han de escribirse no cabrían en toda la superficie del depósito hundido. ¿Y qué? Al cabo y á la postre saldremos con lo que yo digo, ó sea con que nadie tiene la culpa de la catástrofe. Todo lo más que te concedo es que se declare responsable de ella á algún carretero que pasara con su carro por la glorieta de los Cuatro Caminos al ocurrir el hundimiento, considerando que éste pudo ser provocado por el peso del vehículo que el carretero guiaba. Y como esta sospecha no podrá ser confirmada de un modo indubitable, se *enchiquerará* por algún tiempo al carretero, dejándole luego en libertad. En suma, querido Calínez, que es mucho más sencillo, más práctico y más útil afirmar desde ahora que nadie ha tenido la culpa, como lo hago yo, y dedicarnos todos con alma y vida á socorrer á los heridos y á las infelices familias de los muertos. A ello nos obliga no sólo la caridad y la justicia, sino un egoísta sentimiento de gratitud. Esos heridos y esos muertos nos han salvado á nosotros.

—A nosotros ¿de qué?

—De correr su misma infausta suerte. Figúrate que concluyen el depósito sin que acaeciera en sus obras la terrible desgracia que lloramos, y que después de muchos informes aprobatorios embalsan las aguas. Al peso de éstas se hunde el

infame suelo tan caramente pagado y una ola inmensa viene precipitada sobre Madrid. ¡Vaya un baño! ¡No queda un bañista para contarlo! ¡Qué horror para el general Weyler, verse arrastrado por las aguas! ¡Él que las odia hasta en las palanganas más chicas!

—Tienes razón. El trance sería terrible. ¡Cuántos madrileños se lavarían por primera vez, expirando inmediatamente!

—Pues de esa terrible contingencia nos han salvado los infelices que han perecido en la catástrofe y aquéllos otros no menos desdichados que gimen en los hospitales.

—Creo, Gedeón, que en eso te equivocas. Concedo que en cualquiera otra nación la terrible desgracia ocurrida serviría de aviso para evitar futuras y tal vez mayores catástrofes. Pero en España sucede todo lo contrario. Aquí una catástrofe anima para otra. ¿Que han muerto aplastados muchos obreros por el hundimiento del Depósito? ¡Toma! ¡Ya sabemos que eso iba á ocurrir desde que comenzaron las obras! ¡Pues esperen ustedes á la catástrofe final, al desbordamiento de las aguas: esa sí que será cosa de gusto!

—Me has convencido, Calínez. Así es como se raciocina y como se gobierna en España. No nos han salvado, como yo creía, los simpáticos obreros víctimas de la desgracia del sábado último; no han hecho más que precedernos. Pues nada, me resigno con mi suerte y espero tranquilo el último baño; pero ¡por Dios! que nos libren siquiera de las montañas de papel sellado ó sin sellar que han de llenarse de garabatos oficiales y técnicos para no dar con los causantes de la catástrofe penúltima. ¡Ya que nos hayan de sepultar las aguas, que no traigan en su abrumadora corriente papeles mojados!

—Es lo menos que puede pedir un madrileño resignado á ahogarse. Uno al tuyo mi voto.

—Todos estamos con el agua al cuello, lo mismo que Villaverde, y decididos á morir en cuanto den entrada al Lozoya en el depósito. ¿Por qué hemos de malgastar el corto tiempo que nos queda de vida buscando responsabilidades que seguramente no han de parecer? Sabemos el dinero que costó el terreno; sabemos que es éste el peor que podía haberse elegido para el caso; sabemos quién autorizó la compra; ignoramos, es verdad, cómo se distribuirían los cuartos, pero este detalle insignificante no supone nada. Sabemos, en suma teológica, cuanto hay que saber. ¿A qué darnos otra vez de cabezadas dedicándonos á nuevas investigaciones para detener al carretero causante de

la catástrofe, y que no estaba de fijo al ocurrir el accidente, como antes te dije, en la glorieta de los Cuatro Caminos, sino cerca ya del pueblo de Fuencarral, famoso por sus nabos? ¡Vaya, Calínez, todo eso es hormigón armado! Basta de pesquisas y de escrituras inútiles. Nada de Comisiones investigadoras, de expedientes y de armas al hombro. Los muertos á la sepultura, los heridos á curarse, si pueden; recemos por aquéllos. Favorezcamos á éstos y dispongámonos también para morir cristianamente. Esto es lo práctico, lo útil y lo conveniente. En Marruecos y en Rusia pasarían las cosas del mismo modo. En Marruecos sin expedientes ni informes ni nada, en Rusia con gran aparato burocrático. Opto por Marruecos. Es una nación privilegiada en la cual cuando ocurran estas catástrofes nada hay que escribir, porque todo estaba escrito. Seamos marroquíes, Calínez, ¡y que vengan las aguas!

—Lo cierto es que con la inmensa tristeza que nos ha producido la desgracia de esos obreros, nos hemos olvidado, Gedeón, de nuestros habituales entretenimientos políticos. Ya que hablamos de los que han perecido en un hundimiento, ocupémonos de Villaverde.

—Es verdad, Calínez; también él está en el depósito, no en el tercero, en el último, en el depósito cercano al Puente de Toledo.

—¿Pues no se había ido á Valencia?

—Sí, pero con la mano fuera. Por eso le han conocido los valencianos.

—¡Caracoles con D. Raimundo! Siempre ha de llevar algo fuera, para que la gente le tome por estadista de primer orden. ¡Ni aun muerto va bien abrochado! ¿Y de Lacierva, qué me dices?

—Que está sentado á la puerta del panteón esperando á que pasen sus compañeros.

—Murió con dignidad, preciso es confesarlo.

—Sí, se llevó á la tumba toda la del Gobierno. De modo que cuando entierren á éste, bastará con que tiren del coche un par de caballos.

—¿Un par de caballos? ¡Qué suerte tan triste!

—Así acaba siempre Villaverde.

—Bien; ¿y cuál será su sucesor? Hablan por ahí de Dato.

—¡Si Dato se ha ido á París con sus clientes!

—¿Con sus clientes á París en Cuaresma? ¿A quién crucifican en la capital de la vecina República?





DESESCOMBRANDO UNA CRISIS
Ó EL MINISTRO NUEVO

GEDEÓN.—¡CARAMBA, UN MÉDICO! ¡ERA LO QUE NOS ESTABA HACIENDO FALTA
PRECISAMENTE!...

¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Hablaban ustedes del Sr. Conde de Casa-Valencia?

¿Hablaban ustedes del insigne veterinario y poeta D. Simón Sánchez?

Pues las obras del uno y del otro son tortas y pan pintado en comparación con los versos y las prosas que el respetable general D. Leopoldo Díaz Vallés ha amontonado en un cuaderno verde, exornado con varias señoras en cueros é impreso, por suscripción, bajo el título de *Amor y Patria (recuerdos del Ateneo)*.

El general D. Leopoldo Díaz Vallés, que también está retratado en su libro, aunque no en cueros, afortunadamente, sino vestido de cazador con escopeta y perro, es uno de los seres más felices que hemos conocido en este planeta.

Si no le conocen ustedes y van á juzgarle tan sólo por las décimas, digámoslo así, y por la prosa, digámoslo así también, aunque no debiéramos decirlo, suspendan ustedes todo juicio y procuren ser presentados á él.

El general gana mucho, tratado.

Digamos con toda claridad que don Leopoldo Díaz Vallés es uno de los más fundamentales guasones que pueblan el ya mencionado planeta que tenemos el disgusto de habitar.

En trece páginas con grabados de señoras en pelota, trata el general, y dilucida convenientemente, todos los problemas más morrocotudos de la existencia humana, con un sosiego y una alteza de miras verdaderamente envidiables.

Allí, en la cacharrería del Ateneo, que es donde el general tiene establecido su centro de operaciones, hay algunos señorettes que se las echan de muy ingeniosos, y creen tomarle el cabello á D. Leopoldo.

Nada más lejos de la realidad, y basta leer *Amor y patria* para convencerse de que en punto á coba fina y gruesa no hay quien le meta mano al anciano caudillo. Lo que es si D. Leopoldo sabe tanto de estrategia como de *canearse* con sus contemporáneos, no sé yo á qué estamos aguardando para lanzarnos á la conquista del Imperio marroquí.

¿Se le presenta una cuestión tan importante como esta de Marruecos? Pues va el graciosísimo general y la resuelve en veinticuatro líneas de oro.

¿Le hablan de las religiones antiguas? Pues agarra la pluma, escribe este llamativo epígrafe con letras gordas:

EL BUDISMO

ES LA PREPARACIÓN DE LA VICTORIA SOBRE EL DOLOR y en cuatro palotadas deja bizco al propio Sakyá Muni.

¿Se trata de la diferencia entre hombres y animales, asunto que ha preocupado siempre mucho á los señores de la cacharrería y aun á los del salón de sesiones del Ateneo? Pues coge y resuelve el problema exponiendo las doctrinas de Darwin y de Romanes. ¡Mucho ojo, compadre Regleta! No hay que poner Romanones, aunque también el conde entiende bastante de animales.) Y se queda tan fresco.

¿Se tercia escribir unas décimas? Pues el general las escribe con una facilidad

pasmosa. Bien es verdad que algunas le resultan *undécimas*, como ésta que sigue:

La ciencia nos asegura
que detrás de todo sér
la cadena hemos de ver
de una *Filogenia* obscura;
Píladas quiere que, pura,
un alma reciba luego
cuando nace; y es notorio
que hay algo contradictorio
en tan vario parecer:
¿es que nace un nuevo sér,
ó es que sigue el purgatorio?

Pues, nada, el encantador y delicioso poeta no se apura: pone un asterisco en el verso sobrante, y al pie dice: *Va de regalo (el versículo)*.

¿Hay nada más simpático?

En fin: nos parece que el general Díaz Vallés tiene, por lo menos, tanto ingenio como el conde de Casa-Valencia y don Simón Sánchez juntos, y creemos haber prestado un eminente servicio á nuestros escasos lectores y suscriptores gratuitos presentándoles tan original y adorable autor.

¿Qué se creían ustedes, señores de la cacharrería?

¿Que le íbamos á dar un palo al general? Nada más lejos de nuestro ánimo, como dicen en el Congreso.

Hoy por hoy, como también se dice en el mismo establecimiento indocente, no conocemos ningún humorista comparable con él.

Como no sea Grilo, cuando escribe poesías de casa y boca.

Entonces nos hace de reír mucho más.



¡PIIIII!...

Entre todos los disgustos con que el público escolar castigó del buen Lacierva la injusta severidad, la testardez inútil, la provocación tenaz... ¡el de las silbas aéreas es el que ha gustado más! En Valencia lo inventaron como castigo ejemplar para otra igualmente inútil y molesta autoridad, y ahora volvieron á usarlo con éxito colosal. Fantástico es el efecto y admirable por demás; pues cuando la noche extiende sus sombras por la ciudad y reina en ella el silencio que convida á meditar, suenan, de pronto, los pitos con bastante intensidad, sin que se sepa de dónde surge el coro general. Silbándose en todas partes, á nadie se ve silbar; y es el resultado enorme y el efecto es colosal. También en Madrid quisieron ese sistema ensayar, y pronto á otras capitales la broma se correrá; conque, en breve, toda España va á dedicarse á pitar de la noche misteriosa rompiendo la dulce paz. Aquella reina alabada por su gusto original, que hizo jardines aéreos con arte y comodidad,

no soñó con la reforma de su trazado genial; que hoy, de la reina Semíramis el gusto por reformar, en vez de flores al aire cardos al aire se dan. Que el silbido es como el cardo, pues se pueden comparar su sonido y su aspereza, que molestan por igual. Lacierva, ¿no es esto cierto? ¿No está bien dicho, don Juan? ¡Desventurado murciano, que aspiraste á conquistar la admiración de las gentes y el renombre universal, si sigues ese camino por donde empujado vas, de todas tus ambiciones ni una sola quedará! Tú que eres hombre correcto y eres un intelectual —á lo menos en la huerta y entre las gentes de allá,— por excederte á destiempo con un desplante genial, por no digerir el duro principio de autoridad, chafaste tu papeleta y armaste un berenjenal. ¡Mira lo que es el orgullo y en lo que viene á parar!... Te silban los estudiantes con puro afecto filial, y en clase de espectadores te silbamos los demás; que si á un tenor se le silba cuando *gallea* en el Real, y al autor que hace un buñuelo se le silba al terminar, á ti que has desafiado y que un buñuelo nos das, muy justo es que te silbemos, pues no sirve el protestar... Convéncete, noble amigo, de que lo hiciste muy mal; sufre las silbas, y á casa; ¡te conviene descansar!



¡Hay que comprimirse!

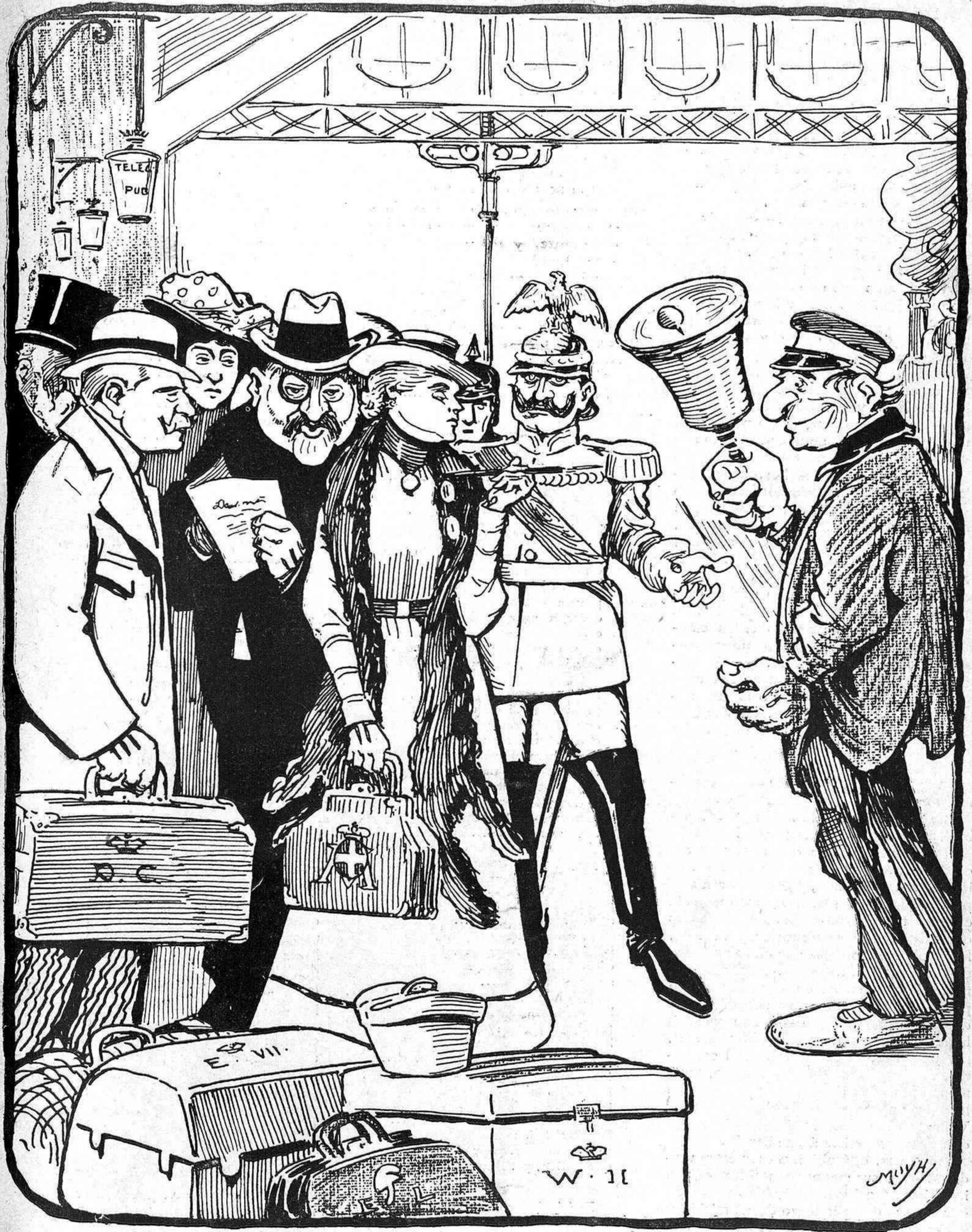
Los presos por delitos comunes del penal de Ocaña han solicitado, en una carta que publicaron hace unos días los periódicos, un amplio indulto de los supremos Poderes con motivo de celebrarse en el próximo mes el tercer Centenario de la publicación del *Quijote*.

A nosotros nos parece excelente que al amparo de fiesta tan memorable se pida la concesión de ciertas gracias; lo que ya no nos parece bien, ni mucho menos, la verdad, es que se invoque para esa especie de indulgencia plenaria el hecho de que Cervantes escribiese parte del *Quijote*—según los presidiarios de Ocaña— en la cárcel, y que estuviese preso en otras ocasiones de su vida.

Vamos, que de ahí á llamarle querido compañero no va ni el cantito de una peseta saneada.

Y cierto que Cervantes, por vicisitudes de su vida, por un proceso injusto, estuvo en la cárcel varios días, pero hasta la presente no se sabe que fuese procesado por haber hecho ninguna muerte ni por haber cometido ningún timo por el procedimiento del entierro ni el del portugués.

A ver si resulta que los presidiarios de Ocaña consideran y estiman á Cervantes, más que por autor del *Quijote*, como compañero de *quincena*.



KILOMÉTRICOS INTERNACIONALES, Ó TODO EL MUNDO DE VIAJE

EL MOZO DE LA ESTACIÓN. — SEÑORES EMPERADORES, EMPERATRICES, PRÍNCIPES, PRINCESAS, PRESIDENTES Y DEMÁS, ¡CAMBIO DE TREN, Y SIGA LA DANZA!

Se necesita un verdugo

En el triste final de la espantosa tragedia de Don Benito, hubo un detalle capaz de encoger el ánimo mejor templado. Parece que el verdugo no conocía bien, ó la olvidó por lo menos en aquel horrible momento, la práctica de su odioso oficio, y tardó en dar cima al cumplimiento de su misión, haciendo sufrir á los reos una imprevista y brutal agravación de la sentencia.

Gedeón—¡naturalmente!—no piensa hacer á *este propósito* ningún chiste, que desde luego resultaría macabro, como dicen algunos reporters ilustrados cuando se trata de algo que no saben clasificar... Pero sí se permite llamar la atención de sus lectores sobre ese bárbaro detalle, que le ha inspirado cuatro vaciedades ó ligeras consideraciones hechas á la usanza de los viejos satíricos de partido tan populares en la primavera de Frontaura... ¡Ay!... ¡Hace ya tantos años!

¿Quién puede creer, como no lo vea, que una función tan aborrecida como delicada se ejerza por unas manos torpes ó inútiles que aumenten el horror del instante en que la conmiseración borra todo deseo de venganza...? Pues así sucede en este país ameno, instructivo y pintoresco, que sigue pareciendo un país de abanico, á pesar de todos nuestros pujos regeneradores.

Salva rerum substantia, lo mismo ocurre en las distintas funciones de la vida nacional con los encargados de su cumplimiento. Tómese al azar cualquier ejemplo, y la comparación resultará exactísima. Los graves y sesudos señorones que tienen á su cargo ésta ó la otra misión, más ó menos grande, de mayor ó menor importancia, disfrutan unas manos tan torpes, tan inútiles, que sólo sirven para aumentar todos los horrores y para agravar todas las penas. Y la mayor parte de esas manos son manos sucias.

¡Caballeros, qué mal nos sirven! Y sobre todo, ¡qué caro lo pagamos!

Reasumiendo—como dicen siempre los oradores prolijos para dar, con la *a* que introducen de matute, más extensión á su pensamiento,—*reasumiendo* en una sola entidad todas las pequeñas autoridades que nos perturban y encarecen la vida, fijese el desocupado lector en lo que hace el Gobierno con nosotros. Hace muchos, muchísimos años que los españoles vienen piando por un Gobierno que no les haga desgraciados, ya que pedir uno que les hiciese felices sería pedir gollerías. Y, naturalmente, no lo consiguen; al contrario, van descendiendo de tal modo, tan á menos vienen en ese servicio, que han llegado ya hasta á ser gobernados ¡por Villaverde! que es la última calamidad que puede ocurrirle á una nación.

Así, pues, el Gobierno es nuestro verdugo. Pero sus manos son tan torpes, tan inhábiles, tan ignorantes, que tardan en dar cima al cumplimiento de su misión y hacen sufrir á los reos una imprevista y brutal agravación de la sentencia... En vez de darnos muerte de una vez, como es su obligación, parece que se complacen en prolongar tan horroroso trance, y que se entretienen dando vueltas al tornillo, apretándole y aflojándole de rato en rato para su personal recreo.

Hay que protestar de esta crueldad, aunque sea desde el banquillo.

Y hay que anunciar en la cuarta plana de los periódicos, con más elocuencia que los diamantes falsos, que se necesita un verdugo; esto es, que necesitamos un Gobierno

Puesto que irremisiblemente estamos condenados á la última pena, sin que nos llegue el ambicionado indulto, pedimos, exigimos que se cumpla la sentencia con la sabiduría necesaria para que quedemos satisfechos. Venga, pues, un verdugo que acabe con nosotros de una vez, con prontitud, comodidad y aseo...

Estas son las vaciedades ó ligeras consideraciones que ha inspirado á Gedeón el bárbaro detalle habido en el triste final de la espantosa tragedia de Don Benito.

Hechas están á la antigua usanza, como puede observarse... Con cierta seriedad, con sus intentos de frases humorísticas y con su mijita de intención oculta en el fondo, como la perla en el ídem de los mares.



COSAS SUELTAS

Por muy alegre y chistoso, por risueño que se sea, se acaban las alegrías y las risas se estropean, y los chistes hacen mutis en ocasiones como éstas...

¡Que eso del tercer depósito dolor produce y vergüenza, espanto da, enciende en ira, causa amargura y subleva!...

Depósito de millones para gentes sin conciencia, nunca albergará aguas puras, pues se nutrió de impurezas; depósito de cadáveres quiso la suerte que fuera, para que, trágicamente, sus fondos se removieran, ya que los fondos han sido la causa de la tragedia...

¡Depósito del Lozoya, buen depósito de... etcétera!



Lacierva cayó por fin, y hoy se oculta en la maleza...

¡No le valió su entereza, su valor, ni su postín!...

Y, como es muy natural, satisfechos y arrogantes, celebran los estudiantes su victoria colosal...

Tras lucha que les da honor, han realizado su sueño...

¡Si el ejemplar es pequeño, la caza es caza mayor!

¡Oh grande hombre chiquín!...

¡Oh Lacierva engrandecida!...

¡Perdiste, al correr, la vida!...

¡Cuán pronto llegó tu fin!

¿Qué deja?... Ustedes lo ven...

Soltó, al huir medio muerto, varias bolitas... ¡Por cierto que huelen, pero no bien!



Fué á Valencia D. Raimundo para ejercer sus funciones, creyendo que todo el mundo le iba á colmar de atenciones;

que en vista del privilegio de que goza un Presidente, si él iba en el viaje regio lo iba á pasar regiamente.

Tal vez pensó que le echaran flores de ricos aromas,

y que al pasar le arrojaran pichoncitos y palomas;

y acaso por darse pisto de tirano un poco seco, fué como Maura, provisto de un milagroso chaleco...

Sed de popularidad á esos extremos le instiga...

¡que es mucha la vanidad que esconde tras la barriga!

Pues, nada... ¡Se ha equivocado; es decir, que se ha lucido, porque en Valencia ha pasado por completo inadvertido!...

Quizá viendo á un pueblo sordo sus anhelos se desplomen...

Que aunque él es gordo ¡y tan gordo! nadie se fijó en su abdomen...

Por más que en la presidencia muestre su pobre arrogancia, como en Madrid, en Valencia ninguno le dió importancia...



Este que veis con cara de lechuza bajo la altiva y doctoral chistera, es en la Medicina una lumbrera y sabe más idiomas que Abarzuza.

Como el ansia política le azuza, se hizo cargo, al vapor, de una cartera... Por ser ministro, con amor sirviera no á Villaverde, sino al moro Muza.

Hoy que su historia á registrar empiezo, bien sé su poquedad á lo que obliga: un resbalón aquí y allá un tropiezo

que al médico el ministro contradiga...

Este es un pan que tiene buen cortejo, que está cocido, ¡pero no trae miga!



SELLOS DE URGENCIA

Ala subida del pan y de otros artículos de primera necesidad ha seguido la subida de los sellos, porque hoy, si queremos que una carta llegue pronto á su destino, además del franqueo corriente es necesario añadirla un sello de veinte céntimos, y con este requisito parece, según declaración oficial, que los carteros se la llevan á usted á su casa en bicicleta y además le regalan un cigarro de quince escogido.

Como aquí todo se hace prontamente cuestión de moda, los que quieran presumir de elegantes mandarán sus cartas con el sello modernista, pues los que las franqueen á la antigua serán mirados como unos pobres diablos venidos á menos, y hasta es posible que desdeñosamente digan algunos: «¿Quién? ¿Fulano? ¡Está en las últimas! ¡Con decirte que no tiene ni para un sello de urgencia!»

Además, el que reciba las cartas con este nuevo sello de moda, tiene que abonar al cartero quince céntimos. ¡Cuántas perturbaciones habrá en algunos hogares! ¡Cuántas señoras dirán á sus maridos: «Pero tú ¿para qué aceptas esas cartas de quince céntimos sabiendo como estamos? Di que te las pague Vadillo.»

Para los que escriben pidiendo dinero, la medida no puede ser mejor; pero para los que lo manden... ¡Poquitas maldiciones se va á llevar el sello!



... y armas al hombro

Vaya una semanita rúnebre, caballeros! La única nota, como decimos ahora los que no sabemos qué decir, ó el

único rasgo alegre y divertido, ha sido la detención de Garibaldi.

El distinguido hombre público á quien ya ha halagado el aura popular tantas veces y en cuyo honor se dió un banquete memorable, no hubiera sido, como es, una figura completa é interesantísima de la historia, de esta historia que estamos deshaciendo entre todos, con ayuda (¡y vaya una ayuda!) de Villaverde, si no se hubiese visto perseguido por causas políticas trascendentales; era el único trago que le faltaba: la detención gubernativa, arbitraria, naturalmente.



No hay que decir que nosotros, que hemos comulgado tantas veces con Garibaldi en punto á opiniones políticas (esto de la comunión ha sido bajo la especie del vino solamente, claro está), fuimos á visitarle en la lúgubre mazmorra en que yacía, víctima de sus opiniones.

Allí le vimos apurando hasta las heces el quince de la amargura y de la ingratitude, y de paso, escribiendo sus Memorias como otro Silvio Pellico (tinte y quitamanchas al vapor).

—¿Qué haces ahí, mi pobre amigo?— exclamamos.

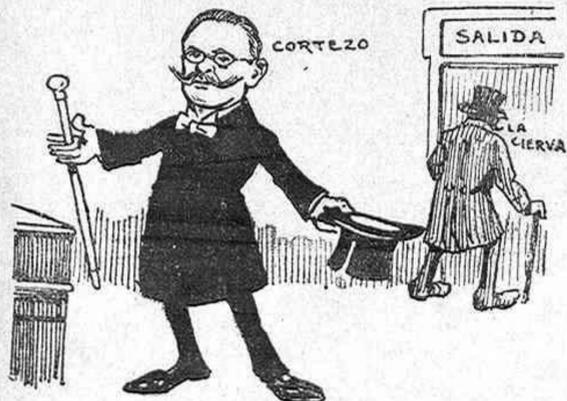
—Ya lo véis—dijo con el trágico acento de costumbre.—Sufro, padezco, estoy enmoheciéndome en esta prisión inmundada—y para autorizar su dicho se rascaba con verdadero entusiasmo.—¿Y todo por qué? Porque se me tenían preparadas en la ciudad del Turia las palmas que no han podido servir para el P. Nozaleda... las que no conseguirá Villaverde, ese hombre sin principios y con tripa.

Viendo que iba á meterse de lleno en la alta política, que es su tema favorito, abandonamos á nuestro ilustre amigo, no sin reconocer su evidente superioridad respecto de D. Raimundo.

Porque D. Raimundo, después de haberse pasado diez años con la tocata del saneamiento, en cuanto llegó al Poder cambió de pieza.

En tanto que Garibaldi, fiel á sus principios de toda la vida, hoy como ayer y como anteayer, sigue gritando: «¡Arriba, caballo Moro!»

Otra cosita divertida é instructiva al par, ha sido la pequeña crisis de este minúsculo Ministerio y la salida del



mínimo Lacierva y la entrada del ínfimo Cortezo.

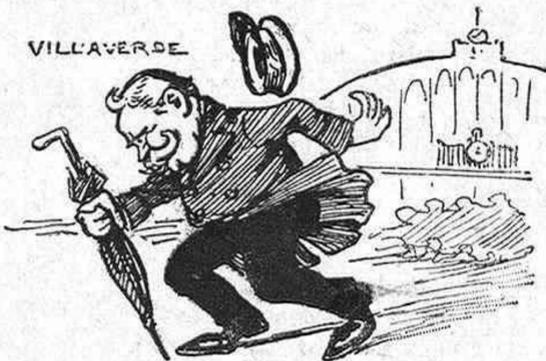
¡Qué entrada y qué salida, amados oyentes míos!

A propósito de ella se ha hecho esta moraleja, chiquitina también y anticuada al par:

Por ser Lacierva tieso de pescuezo, entró en Instrucción pública Cortezo.

¿Hay alguno que diga que este cambio no tiene mucha miga?

Por fin nuestro don Raimundo se marchó para Valencia, y yo no he visto en mi vida mayor despliegue de fuerzas. Como yo escribo esto el lunes (por la terrible exigencia de nuestra ínfima tirada, que son dos manos y media), de lo que allí haya ocurrido no tengo noticias frescas. Sólo he visto en los carteles un lacónico telegrama que dice:—El recibimiento, regular; la sala, buena. Una frialdad terrible ha causado la presencia de don Raimundo.—Este efecto, la verdad, es cosa nueva. Los hombres ¡cómo decäen! Los tiempos ¡cómo cambäan! En vista de lo que dice el lacónico telegrama, me temo que don Raimundo va á tener muy mala vuelta.



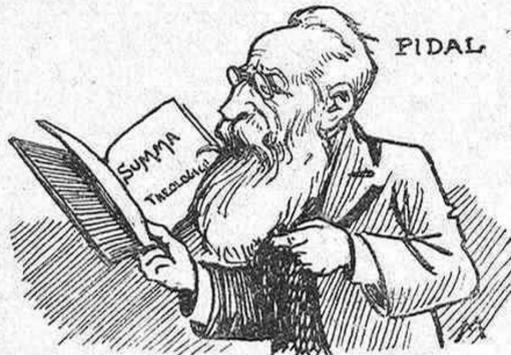
De ese viaje vendrá triste y con el rabo entre piernas.

Se ha dicho, no sabemos con qué fundamento, que fué en tiempo del evangélico Sr. D. Alejandro Pidal cuando se hizo el arreglito ese del Tercer Depósito.

Pero nosotros no creemos semejante calumnia.

¿Cómo había de estar tranquilo, si eso fuera verdad, un hombre tan piadoso?

Precisamente nosotros sabemos que el día de la catástrofe D. Alejandro estuvo metido en casita, como un santo.



Y ocupado en sus estudios favoritos. Remembrando la Summa.

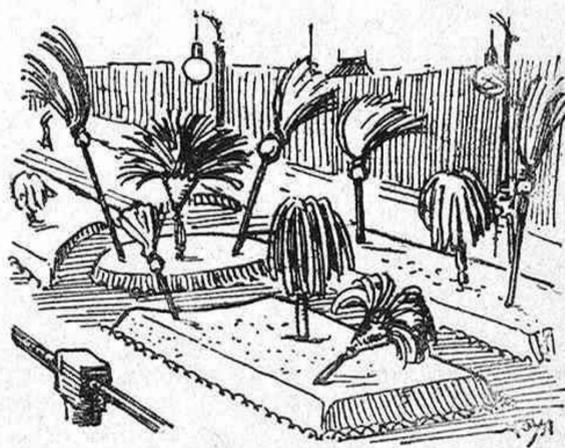
Al conde de Mejorada le supo muy mal que le recibiesen el domingo con muestras de desagrado y silbidos contra el Ayuntamiento cuando el señor alcalde llegó al lugar de la catástrofe.

—El Ayuntamiento no tiene que ver nada con el Canal,—dice con razón el conde. En efecto, nada tiene que ver; pero

crea nuestro querido amigo y protector D. Gonzalo, que nunca está de más una pita más ó menos aérea al Municipio.

No tiene la culpa de la catástrofe del Canal, pero ¿qué me dicen ustedes de la catástrofe del Salón del Prado?

¿Ustedes han visto nada más cursi y ridículo que el proyecto de Nacimiento que han elaborado allí los señores del Municipio con cuatro palmerucas enanas y cuatro mamarrachescos arbustos que hacen asemejarse el antiguo Salón al muestrario de un comerciante de zorros y plumeros?

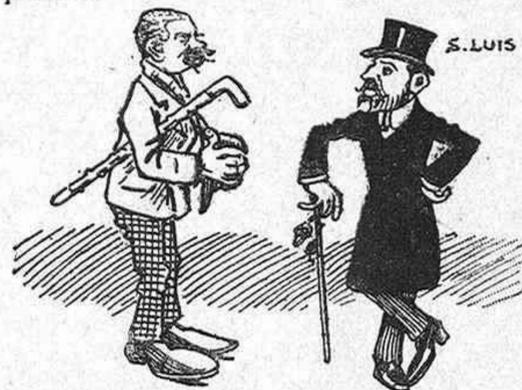


¿No merece una pita aérea y algo más un Alcalde que gasta los cuartos de la Villa en semejante astracanada?

Entretanto, continúa la desescombración, ó como se llame eso, del Tercer Depósito.

El conde de San Luis procura enterarse como corresponde á un funcionario tan celoso.

—¿Han aparecido nuevos cadáveres?—preguntaba ayer á un funcionario de la policía.



—Sí, señor excelentísimo—dijo el otro guiñando el rabillo del ojo.—Hoy se han levantado lo menos veinte.

—¿En el Depósito?—preguntó nuestra primera autoridad, toda consternada.

—¡Ah, no! en el Depósito no, señor.

—¿Pues qué hablaba usted ahí de levantar cadáveres?

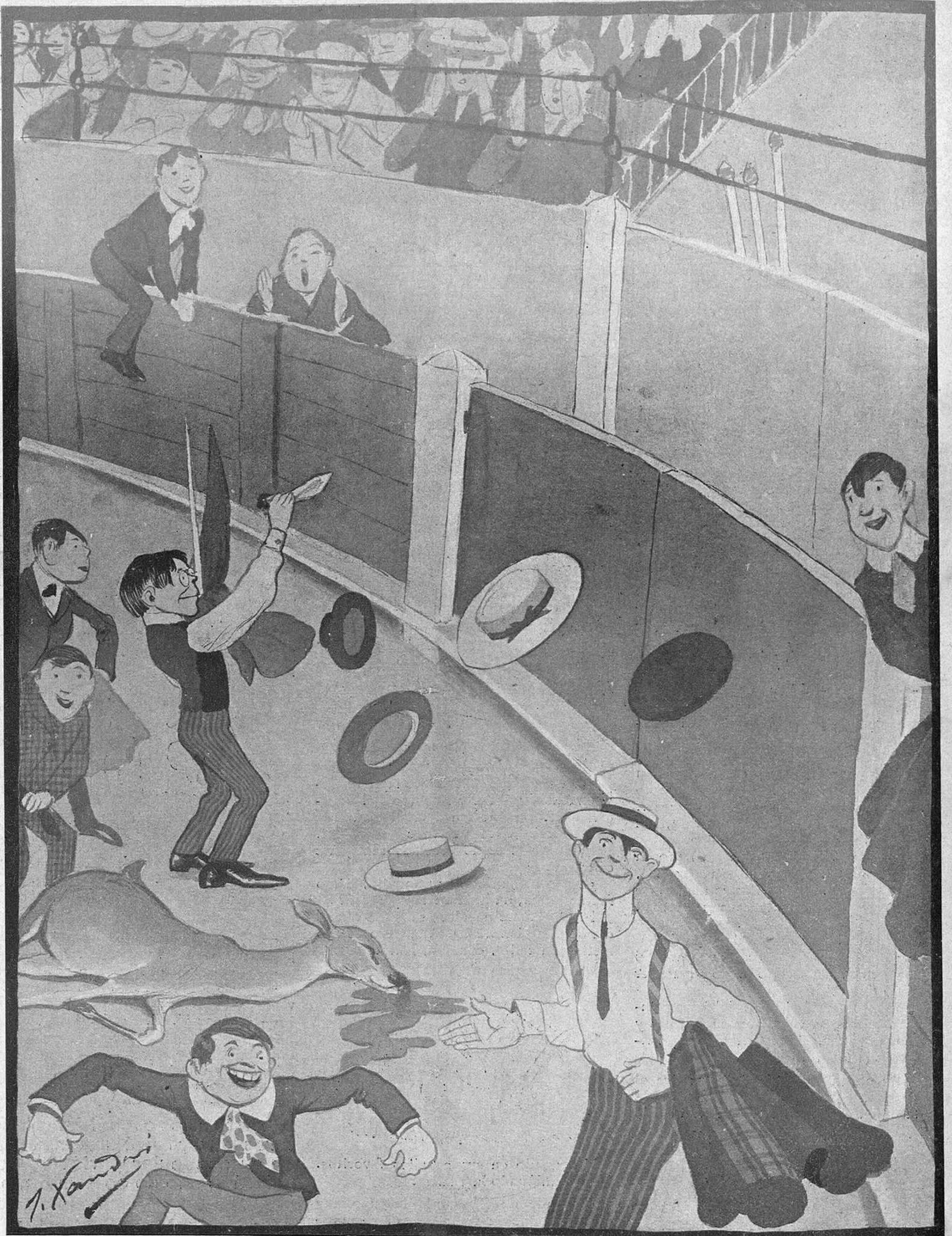
—Perdone V. E. Estaba distraído.



GEDEÓN

advierte á sus escasísimos lectores que el próximo número de su impopular periódico no saldrá, como de costumbre, el jueves próximo por la festividad del día, sino el sábado 22 del corriente. Lo cual no impedirá que siga después saliendo, como siempre, todos los jueves.

IMPRESA DE «GEDEÓN», MADRID



FIN DE LA BECERRADA ESTUDIANTIL

MUERTE DE LA CIERVA. OVACIÓN Y OREJA